

¡Malagueños honrados! Ha sonado la hora de la liberación y de la justicia. ¡Viva España! ¡Viva España! ¡Viva España!

El general jefe del Ejército del Sur, Gonzalo Queipo de Llano."

De esta manera, mujeres, niños, ancianos y, en general, población no combatiente —se calculan más de 150.000 personas—, comenzaron "el calvario de Málaga a Almería" que Rafael Alberti inmortalizaría en sus poemas.

La desbandada de los republicanos dio lugar a una procesión de camiones militares, de animales, de carros, de gente desesperada que por distintos motivos huían. Cuando bombardeaban los buques *Cervera*, o *Baleares*, o la aviación, a la angustia por la pérdida de algún familiar se unía la tragedia de los muertos y heridos, que, personas como el doctor Norman Bethune, canadiense y encargado en las Brigadas Internacionales de las transfusiones de sangre en primera línea, intentaban mitigar (2).

Acerca de tan graves acontecimientos escribieron los comentaristas, corresponsales y "literatos" del Nuevo Estado, también contamos con los relatos de Norman Bethune, con la estimable aportación de algunos testimonios personales, con la visión que de los hechos tuvieron destacados escritores, así como la información de la prensa republicana de Madrid.

## 2. TESTIMONIOS PERSONALES

### RELATO DE JOSE SANCHEZ SANTOS

"En 1937 era comisario del Regimiento de Infantería núm. 8

Unos días antes de la caída de Málaga yo me encontraba en el sector de Vélez. Me dirigía a la Venta de Zafaraya pero no pude llegar debido a que una columna italiana se acercaba. Entonces la idea era volar el "puente de D. Manuel" para obstaculizar la llegada de los italianos para que no nos cortaran la retirada de Málaga, la única salida. Sin embargo, no pude porque me vi prácticamente abandonado.

Las operaciones militares se hicieron muy difíciles por las tensiones internas que había hasta el punto de que un chófer de un mando militar me confesó que querían "liquidarme".

Estando yo en Vélez llegaron Villalba, Bolívar, etc., y me hicieron jefe de ese sector. Sería el día 7 de febrero cuando me llamó el jefe de la Base Naval desde Italcable para tantear mis intenciones, exponiéndole yo que resistiría hasta el final.

Se planteó entonces la necesidad de la retirada de Vélez-Málaga. Había fuerzas republicanas, otras confederales, que querían marcharse y difícilmente podía yo convencerles de lo contrario. En realidad les obligué a hacer una retirada escalonada y firmada, por C.N.T., por los republicanos y por mí. La orden que yo tenía era ir por la falda de la costa hasta Motril.

En medio de tantas dificultades tuve que discutir con Vallejo, que mandaba un batallón de C.N.T. para que no se marchara y firmara.

Ya en Motril me encontré con mi cuñado José Gallardo Moreno (3) que venía de pedir armamento y municiones al Gobierno de Largo Caballero para poder resistir, cosa que no había conseguido.

En Motril me hice cargo de controlar, en la medida que pudiese, la situación caótica que se vivía, dándose casos como el de dos camiones llenos de fusiles que llevaban milicianos de C.N.T. que se los pretendían llevar a Almería.

Yo insistía en la necesidad de derribar los túneles que hay desde Motril a Almería para obstaculizar la llegada de los enemigos, pero todo era imposible. El desconcierto, también militar, rebasaba todos los límites y mientras los barcos bombardeaban y ametrallaban a la población el enemigo ocupaba más terreno. En Almuñécar, hasta donde llegó mi familia, cogieron a mi cuñada Elvira Gallardo Moreno y a su marido Antonio Pardo Sosa y los fusilaron.

La situación era dramática: por una parte, el criminal bombardeo de los barcos, por otra, el abandono del Gobierno de Largo Caballero y, en general, la retirada de Villalba. Por mi parte, pienso que Cayetano Bolívar era un hombre honrado, pero no un militar. Creo que era un hombre tan generoso y humanitario que para tomar una decisión militar no era el más acertado.

Con todo, en Almería yo entregaría el documento firmado que suponía la única retirada que se hizo de común acuerdo, firmada por todos los jefes de columnas".

### RELATO DE ANA PEREZ REY

"Yo tenía unos nueve años en 1937 y el día 7 de febrero me encontraba en casa de mi tía con mi hermano. Mi tío decidió que nos fuéramos nosotros en un camión que tenía un vecino.

Serían las nueve de la mañana del día 7 cuando salimos. No nos fuimos por cuestiones políticas, sino porque todo el mundo decía que venían matando a la gente, falangistas, italianos y moros. Muchos se quedaron por no tener medio de locomoción para irse.

Nosotros sólo llevábamos ropa y yo iba con lo puesto porque en casa de mi tía estaba de visita. Hacía frío...

La primera parada la hicimos en el Palo y todavía no iba mucha gente, pero todos éramos población civil. Por el Palo venía algún que otro avión y volaba muy bajo, entonces nos teníamos que bajar y tirarnos al suelo. A mí me mandaban quitarme el abrigo que era rojo y meterlo debajo del coche.

Para nosotros la marcha no fue muy penosa porque íbamos en el camión, pero al llegar al Faro de Torrox empezaron los bombardeos por parte de los barcos que estaban pegados a la costa. Serían las diez y media o las once de la mañana cuando empezaron a tirar. Como la carretera estaba entre el monte que era como un muro pronunciado y la orilla; la gente se agachaba y como desde los barcos no podían ver a la gente, daban al monte y la metralla y las piedras herían a las personas.

Yo no sé cómo me salvé, porque estaba agachada con una mujer detrás de una piedra cuando mi tía me llamó para que, con cuidado, me fuera con ella y cuando me retiré le tiraron a la mujer, que quedó muerta en el acto.

Allí, en el Faro de Torrox, hirieron a mi tía y a su madre, que le atravesaron el pecho pero no murió. Mi tía todavía tiene metralla...

Todos gritaban y trataban de encontrarse, pero dieron una voz de que los heridos se fueran a un coche y, como mi tía y su madre estaban heridas, les metieron en el coche y yo me quedé sola y me perdí, así como mi hermano.

Eché a andar por donde iba la gente y me encontré una familia que conocía a mis padres, entonces me fui con ellos andando hasta Nerja.

En Nerja, mi tía que salía de curarse de la casa de socorro en un coche me vio y pidió que pararan para recogerme. Donde se curó mi tía decía que iban muchos niños heridos, uno de ellos con las manos cortadas que además se había perdido.

Nosotras no comimos hasta que llegamos a Almería y allí lo que había era tocino añejo. En Almería nos fuimos a casa de unos conocidos donde nos quedamos quince días en los que no pararon de bombardear, día y noche. Como allí no teníamos nada que hacer nos íbamos a un paseo que había a la entrada de la ciudad, parecido al parque de Málaga pero más pequeño, y allí nos reuníamos todos los refugiados para vernos y observar si conocíamos a los que iban llegando. Muchos iban allí a esperar a familiares de los que se habían perdido y a veces había gritos y llantos cuando alguien se enteraba de alguna pérdida.

En Almería no nos recibieron bien en general, porque decían que por nuestra causa los iban a matar a ellos. Como en Valencia había una fábrica de material de guerra y allí iba a ir a trabajar el padre de mi tía, nos fuimos todos en tren. Tardamos cuatro días en llegar.

Cuando llegamos a Valencia fuimos a un refugio, que era una especie de almacén, donde había muchos piojos. Allí estaban todos hasta que encontraban casa y trabajo.

Un día mi tía salió con la amiga con la que íbamos y se encontraron a un marinero que conocían, entonces nos proporcionó una casa muy bonita y muy grande que había sido del dueño de la Fábrica de Tabacos de Málaga. Allí estuvimos dos años y los pasamos bien, si exceptuamos los bombardeos, porque al lado estaba el Socorro Rojo Internacional y cuando venía un camión de Rusia nos llamaban de los primeros y cogíamos lo que queríamos.

Mi tía empezó a trabajar haciendo ropa para soldados y luego se colocó en la "Federación" de cocinera que era el sitio donde estaba la gente más importante y había reuniones de todas las naciones. Trabajaban muchos malagueños. No sabíamos nada de Málaga pero una vez recibieron una revista de Málaga y lloraron mucho. Un día se nos informó de que podíamos escribir por la Cruz Roja solamente dos palabras: "Estoy bien". Entonces mi tía me hizo unas fotos y las mandamos a mi madre que llevaba tanto tiempo sin verme.

Como me dijo un conocido que otra tía mía estaba en Lorca fuimos a verla y me quedé con ella. A su marido lo habían llevado preso y yo le llevaba la comida y le ayudaba. Allí, al terminar la guerra salieron muchos guardias civiles y muchos curas. A la casa venían a registrarnos, con el fusil nos volcaban la comida para ver si escondíamos algo, miraban los colchones y nos preguntaban por qué habíamos huido de Málaga y nosotros le decíamos que porque nos fuimos corriendo, como todos. Entonces nos ponían en la puerta a cantar

